



La prensa en broma



Con esto no vienen mal
Pericón con relaciones
Himno, Banco y pabellones.
¿Lo quieren más nacional?

EL MOSIÚ—Ah chinite! Je veuz dire
que vous aime... Con que así,
viens con moi... ¡digo! con mí;
y en France podrás lucir.

LA POPULARIDAD—Mire, Mosiú calle luego;
Que en mi tierra de orientales
los afranchutuos bozales
no nos sirven ni pal fuego!

ANZO III
Nº 108
Marzo 22 de 1896
PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

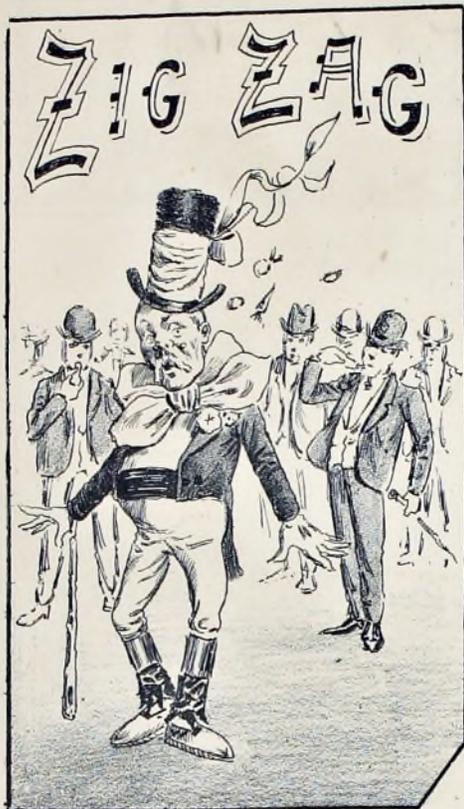
EXTERIOR
Los mismos precios en moneda equiva.
lente, con el aumento del franqueo
Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS
Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

SUMARIO

TEXTOS.—Zig Zag, por Arturo Giménez Pastor.—Cuento vulgar, por Fiacre Irazoz.—Para Ellas, Luisa (Continuación).—Las tres Marias, por Carlos Lengua.—El llanto y la risa, por Luis de Ansona.—Sport, por Zapicán II.—La gracia agena, Cosas, por Cilla.—Revoltijo, por C. L.—Entre dos fuerzas, Novela, (Continuación).
GRABADOS.—La prensa en broma—El Nacional.—El 2.º en solución, por Wimplaine II.—Para Ellas, retrato de la señorita Elia Pérez y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.—La gracia agena, Cosas, por Cilla.



¡Una interpelación!

Esto ya iba siendo cosa rara en nuestra vida parlamentaria, si es que entienden aún nuestros legisladores de ésta, además de la buena vida de que nos consta gozan Costa Gutiérrez y demás colegas de banca y dietas.

Pero, quizá por ser precisamente nuestra tierra la de las cosas raras, como la elección de Iñiarte Borda y el paseo del Comisario Da Costa, tuvo al fin la presente generación el espectáculo de una interpelación, espectáculo dado por el Diputado Ciganda á beneficio de las costillas damnificadas de los habitantes de San José, con asistencia del señor Ministro de Gobierno y comentarios tocantes sobre la sensibilidad de los corazones de las damas maragatas.

Como algunas veces estas funciones en la Cámara habían degenerado, al decir de los diarios y asistentes, en espectáculos análogos á corridas de toros, mucha gente se preparaba á gozar, con la presente, de la fiesta prohibida, en las mismas barbas afeitadas de don Gregorio Sánchez, jefe impolítico y de policía de la heroica ciudad, cuna de don Germán Da Costa (que del ostracismo y del presupuesto goza), y tumba de Tomás Butler, por obra y gracia de revólver homicida aunque policial.

Pero la cosa no resultó como se la esperaban los cuernómanos, ó sea aficionados á los cuernos en cabeza de toro; y se explica. Como se trataba de correr á Bove (como quien dice: Buey, traducido libremente si es que él permite que alguna libertad se ejerza en su nombre) evidente es que la fiesta no podía resultar corrida de toros faltándole lo principal, que es el bicho; todo esto hablando en calor de barreras adentro.

Pero la cosa sirvió para que el señor Ministro de Gobierno nos explicara lo ocurrido de la manera más fácil y completa que darse puede.

Al fin y al cabo, la cosa no era para tanto, como lo demostró evidentemente el señor Ministro.

En una hermosa noche del mes de Marzo, una de esas noches en que la Naturaleza dormida convida á unos á la meditación y á otros al paseo, (al señor Bove, por ejemplo) una de esas noches plácidas en que el amplio manto tachonado cubre la silenciosa tierra, en que las pálidas estrellas titilando allá en lo alto de la bóveda oscura semejan diamantes y la luna parece un queso, un hombre y una señora paseaban tranquilamente por las calles de la histórica ciudad de San José.

El hombre, era el señor Bove; la señora, su distinguida esposa.

Si á alguien, viéndoles así le hubiera dicho que aquella dicha política y conyugal iba á ser turbada por mano impia, no lo hubiera creído, á buen seguro.

Pues lo fué!

Hay hombres que tienen corazón de fiera! Un señor Nadal, más camorrista que don Juan Tenorio, joven audaz y de malas pulgas, aunque él asegura que no las usa ni buenas ni malas porque la limpieza es su religión, se interpuso como obstáculo consciente en el camino de ambos cónyuges paseantes.

El señor Bove, que según el señor Ministro, gasta una suavidad de maneras tal, que después de lo ocurrido hace suponer que los habitantes contusos tienen la piel y sistema óseo más que delicados, le dijo al señor Nadal:

Déjame libre el paso.

Vamos á ver: ¿qué hace un hombre cuando otro le dice esto? Si quiere, lo deja; y si no, no lo deja; esto es como la luz!

Bueno, pues Nadal no quiso; porque estaba mirando á San José, la virgen y el niño en la luna, y aquello le ha entretenido siempre mucho desde chico.

Pero es el caso que no solo no quiso, sino que se enojó por aquello, porque como él es del Departamento tiene derecho á estar donde quiera, porque la calle es de todos; se enojó y la emprendió á denuestos con el señor Bove, que para nada los necesitaba, y hasta le amenazó con el bastón.

Señores! ¿Qué hace un hombre cuando le cubren de denuestos? ¡Enojarse! ¿Y si además le amenazan con el bastón? Llevarse las manos á la cabeza, por si acaso.

Pues el señor Bove no hizo nada de esto, pero un ordenanza que lo seguía se precipitó sobre Nadal y lo redujo á prisión en la duda de si reducirlo á trozos.

Ver esto la señora del señor Bove y asustarse, todo fué uno. ¿Ustedes saben las consecuencias de un susto?

La pluma se resiste á describir lo que pasó después.

Hubo carreras, golpes, gritos sediciosos, desesperaciones, rupturas de cabeza y un chanchito preso.

Es decir; el chanchito ya se hallaba en esta triste condición cuando fueron reducidos á prisión los acusados de escándalo y susto de esposa anexo.

Allí estuvieron dos días los tales, pero el chanchito sigue aún en prisión.

Ahora bien, ¿quién tiene más derecho á quejarse?

(Me refiero al señor Bove respecto de los presos y recíprocamente).

Según el señor Ministro, en vez de tenerlos tres días entre rejas, como lo dispone la ordenanza policial que ha venido á enmendar la Constitución y sus disposiciones sobre el *habeas corpus*, sólo los tuvo dos, ¿y aún se quejan?

Cualquiera conoce que es de vicio; al más romo le salta á la vista que más son tres que dos!

Luego viene lo de las contusiones. Al joven Verde, por ejemplo, que hacía tiempo estaba así y parecía que iba á seguir Verde toda la vida, lo dejaron machucado de puro maduro. ¿Es esto una razón de queja ó de agradecimiento?

Tanto más, cuanto que, según el señor Ministro, en vez de salir contusos, bien pudieron los tales quedar muertos de un balazo en la calle, lo cual hubiera sido peor.

Cuestión sobre la que no cabe duda. Algunos opinan que peor hubiera sido todavía si los hubieran quemado vivos.

Y después de todo esto, en pago á tanta benevolencia, toman al señor Bove por su cuenta, le acusan, le insultan y le sacan á luz cuanto pueden, como aquello de que ha-

cía dos años que no pagaba la Contribución Directa; y aún no faltó quien dijera que debía una morcilla en el puesto de carne, y que le crujían estrepitosamente unos botines finos de á diez y ocho reales que lleva puestos, en razón de no haberlos pagado aún.

¡Es inicuo!

Tal fué la defensa del señor Ministro.

¿Se quiere exposición más clara, argumentación más sólida, impugnación más severa?

¿Se quiere algo más desgarrador que aquello de la cónyuge asustada, episodio que hizo acudir el llanto á los ojos del Senador Garzón y dejó haciendo pucheros á don Pedro Varela?

¡Imposible!

Sin embargo, ¡oh corazones endurecidos como la roca azotada por el mar de que nos habló el señor Ministro! la mayoría de la opinión está con el Diputado Ciganda.

¿Por qué? ¿Por qué?

Solo una explicación cabe, y es la que me daba un sujeto muy suspicaz que tiene un hijo bombero y viudo.

—Claro es que la victoria tiene que estar de parte de Ciganda, me dijo.

—Pero ¿por qué? si el Ministro... argumentaba yo.

—Porque la sesión tuvo lugar el 19 de Marzo.

—¿Y bien?

Y cree usted que al Diputado Ciganda, representante por San José, y abogando por los de San José en el día de la festividad del santo Patrono, San José, ha podido faltarle la protección del santo del día, del pueblo y de su diputación?

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

Cuento vulgar

En un pueblo pequeño
mezquino y triste
fundaron un convento
que aun hoy existe,
y en la casa de al lado,
vieja y ruinosa,
vive una pobre anciana
muy religiosa.

Casi todos los días
por la mañana,
la despierta el tañido
de la campana,
y entonando entre sueños
sus oraciones,
se entrega á estas profundas
meditaciones:
—¡Ya les llama á los frailes
con triste acento!
Ya los rezos comienzan
en el convento!
¡Ya entonan en el coro
cantos benditos!
¡Que temprano despiertan
los pobrecitos!

Fray modesto que es uno
de los hermanos,
más bromistas, alegres
y campechanos,
al terminar los rezos
de la mañana
le suele hacer visitas
á aquella anciana.
Se cuentan sus misterios,
sus esperanzas,
y hasta suelen hacerse
mil confianzas.
En su visita, un día
(costumbre añeja)
le preguntaba al fraile
la pobre vieja:
—¿Cómo pueden ustedes,
amigo mío,
levantarse tan pronto
con este frío?
¿Por qué dejan el lecho
si es tan temprano?
¡Madrugar de ese modo
no es nada sano!
Y la buena señora
torciendo el gesto
escuchó esta repuesta
de Fray Modesto:

—Como á Vd. doña Luisa
por la mañana
nos despierta el ruido
de la campana
Más no por eso crea
que madrugamos.
La campana... sí, toca
¡pero no vamos!

FIACRO IRAYZOS.

PARA **ELLAS**



LUISSA

ESTUDIOS SOBRE LA MUJER

Por E. M. de LYDEN

(TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»)

(Continuación)

VII



ONSIEUR Deslandes ha-
biase disgustado de la
conducta de su mujer.

La presencia de Mme.
Camphrinet, cuyo buen
corazón apreciaba, pero
cuyas mañas conocía, le
había chocado en extre-
mo, sobre todo cuando supo,—á
su regreso de las lecciones de
la noche—que esta había vuelto.

Vió en los hechos y gestos de
su mujer una consecuencia de los
consejos de la ex-droguera, y en
un acceso de mal humor escribió
á ésta una carta, política, pero
muy seca, rogándola que cesase
en sus visitas.

Luisa se había encerrado en su cuarto como el
día anterior, y su marido no pudo informarla de la
decision que había tomado, ni explicarle los moti-
vos; y cuando quiso darle parte, una carta de la fo-
gosa é imprudente amiga había hecho conocer á
Luisa la medida de que era objeto.

Era un golpe de estado para la joven esposa.

Mr. Deslandes quiso entrar en explicaciones; de-
seaba una reconciliación, y solo obtuvo una escena
de lágrimas y sollozos.

¡Ah! las lágrimas de la mujer á quien se ama
tienen sin duda gran influencia sobre el corazón y
las resoluciones del hombre; pero también es neces-
sario que no se abuse de este tercer poder en el
estado conyugal; hasta es preciso que estas lágrí-
mas tengan en apariencia su razón de ser.

Desgraciadamente, Luisa no tenía á los ojos de
su marido ni aún la sombra de un motivo.

Ofendido de nuevo, y cansado de su geremiadas
de niña mimada, Mr. Deslandes cometió á su vez
una falta.

Olvidó que, justamente, cuando no tiene una ra-
zón grave para llorar, es cuando debe consolarse á
la mujer con más ternura.

Esto puede parecer paradójico, pero es sin em-
bargo un hecho probado en la historia psicológica
de la mujer.

Los dolores profundos, las penas verdaderas, re-
chazan en la mujer todo consuelo vulgar. Fuerte
contra la desesperacion real, la mujer soporta su
peso con un valor estóico; parece que halla una
alegría feroz, una satisfacción amarga en concen-
trar en sí misma estas torturas.

Pero si se trata de una contrariedad, de una ni-
ñada, de una de esos mil nadas, en fin, que como
otras tantas espinas no hacen más que rozar la
epidermis de la sensibilidad femenina, epidermis
que todo se vuelve nervios, ¡oh! entonces, señores
maridos, pensad en los reactivos. emplead los cal-
mantes, es decir, recurrid á las caricias, á las pa-
labras llenas de dulzura.

Ahora bien; Deslandes olvidó este principio del
arte de la vida íntima del matrimonio, y este olvido
motivado tal vez por un justo mal humor, fué con-
siderado como un crimen por Luisa.

Al día siguiente y al otro, las hostilidades con-
tinuaron aún por una y otra parte; hubo en ella
hasta terquedad,—método bastante común entre
los casados... y aun entre los que no lo son.

Luisa no se atrevía á ceder la primera, por el
temor de una derrota.

Mr. Deslandes tenía demasiado orgullo,—orgullo
mal fundado,—para dar el primer paso, al extremo
á que habían llegado las cosas. La situación era
muy equívoca y muy triste; amenazaba volverse

intolerable; una escena enfadosa era inminente.

En este rompimiento Mr. Deslandes tenía el lado
más ventajoso; sus infinitas ocupaciones á todas las
horas del día, sus comisiones continuas ofrecían una
distracción útil á sus ideas; además se había dicho
que después de todo no existían motivos para una
querrela grave, y que su mujer una vez calmada, y
libre de la influencia de Mme. Camphrinet, com-
prendería sus culpas, y se apresuraría á repararlas
por medio de una franca y cordial reconciliación.

Pero no sucedía lo mismo con Luisa: sola, aban-
donada á sí propia, de una naturaleza débil y apá-
tica como la suya, no pudiendo,—por costumbre,—
procurarse útiles distracciones, sin ocupación real,
la reflexión solo podía agriar más y más su ánimo.

Dejóse llevar de su carácter: durante cuatro días
permaneció casi absolutamente ociosa, levantándose
tarde, acostándose temprano, á fin de no tener oca-
sion de hablar á su marido; descuidó totalmente su
tocado, hasta el punto de que cada vez que Mr.
Deslandes entraba en casa, la hallaba vestida con
una mala bata, un cordón por aquí, una cinta por
allí, puesta de codos á la ventana, ó llorando en
un sillón.

En la mesa,—cuando ella se sentaba,—permane-
cía silenciosa.

Cinco días hacía que duraba este estado de cosas,
cuando al entrar á comer Mr. Deslandes, halló á
Luisa en traje de mañana, los brazos cruzados,
enarcada la frente, y los ojos encendidos.

En vez de tomarle una mano, y reñirla con un
beso que lo hubiera borrado todo, salió lleno de
ira, mal dispuesto como estaba ya, diciendo á la
criada que ponía la mesa:



de fotografia FITZ PATRICK



JUAN —¡Diablo! Disolverlo cuesta!
 MONSIEUR—Oh, certainement! Oui!
 Pero pasémoslo así...
 JUAN —¿Y si se nos indigesta?
 MONSIEUR—La chose es que no podemos...
 JUAN —Mas si ahora lo dejamos
 no es no, porque no podemos,
 sino porque no queremos!
 MONSIEUR—C'est muy claro Monsieur: Eh bien,
 ¿quien de esto dudará? ¿quien?

—Cómo en casa de Mr. Lemaire... Este fué el golpe de gracia para Luisa, que se deshojó en lágrimas.

Luego que comió Mr. Deslandes, fué á ver á su suegra, y le contó lo que pasaba.

Mme. Bernard riñó á su yerno por haberse mostrado tan poco razonable con Luisa, y lo obligó á una reconciliación inmediata.

—Bien, dijo Deslandes, vamos juntos, y asistiréis á nuestra explicación.

—Nada de explicaciones, amigo mio, una reconciliación espontánea; mañana me enviaréis á Luisa; yo como madre la amonestaré, y todo habrá concluido.

—Tenéis razón, mamá... Vamos.

Mme. Bernard fué por todo el camino aconsejando á su yerno: le preparó con dulzura y sagacidad á hacer todas las concesiones en esta circunstancia, y Mr. Deslandes, enteramente convertido, prometió entrar en su casa dando un abrazo á su mujer.

Cuando llegaron, Luisa había salido.

VIII

La ausencia de la joven no tenía nada de alarmante; pero su marido experimentó una contrariedad de las más vivas, y su madre un disgusto no pequeño.

En efecto, Mme. Bernard había ido persuadida de que por su mediación haría cesar el descontento que existía entre ambos esposos; por otra parte, al mismo tiempo que reconocía en su interior las culpas de su hija, no quería sin embargo dar completamente toda la razón á su yerno, y aquel incidente venía por desgracia á destruir su defensa en favor de Luisa.

En cuanto á Mr. Deslandes, no era la ausencia de su mujer lo que más lo contrariaba, sino la causa de esta ausencia, porque en la situación actual, Luisa no podía haber ido más que á una sola parte, á casa de Mme. Camphrinet. Allí únicamente podía hallar una simpatía á sus supuestas penas; sobre todo allí únicamente debía recibir consejos y opiniones, opiniones funestas, á pesar de la buena intención que las dictaba; consejos perniciosos, á pesar del cariño de la consejera.

Si se reflexiona en el carácter de Mme. Camphrinet, las consecuencias de semejante visita no podían menos que ser fatales á la reconciliación deseada y el enfado, después de haber tomado las proposiciones de una riña, amenazaba concluir por un conflicto serio.

Mr. Deslandes confió sus temores á Mme. Bernard.

(Continuará)

Las tres Marias



RA en la época sideral, en la época en que el Sol, Soberano del firmamento, recorría los espacios indicando á cada astro su asiento en el infinito...

Lenta y fulgurantemente, llegó el Soberano hasta tres estrellas magníficas que brillaban con portentosa intensidad, pero moviéndose sin cesar en su sitio, y allí se detuvo el Soberano.

Gravemente les dijo, amenazando un tanto su luz para no cegar con ella á tan puras y hermosas princesas:

—Hijas mías, tengo que hablaros. De todas las princesas que pueblan el infinito, vosotras sois, francamente, las más

bellas. (Las tres estrellas brillaron con el color del rubí). No, hijas mías; no tenéis por qué ruborizaros: sois las más hermosas. Así he resuelto elegir entre una de vosotras, para esposa del príncipe Júpiter, aquella que reúna mayores cualidades luminosas. (Las tres estrellas brillaron con el color de la esmeralda). Es justo que cada una de vosotras aspire á tan alto honor y cifre tan nobles esperanzas en sus propios merecimientos. Pero, ante todo, tendréis que saber una cosa. El príncipe Júpiter desea probaros ante de haceros reina de su cielo. Está indeciso entre vosotras tres; no sabe cuál elegir: ¿sois tan semejantes! Así ha decidido que aquella de vosotras que se conserve en su sitio más tiempo inmóvil, esa, esa será la reina de su cielo. Le acreditaréis con ello vuestra constancia y fidelidad. Instantáneamente, las tres estrellas quedaron in-

móviles en la posición que tenían en ese momento, esto es, la de la más perfecta simetría.

—Bien—continuó el Sol placentemente.—Ya habéis obedecido á su mandato. Ahora, aquella de vosotras que se mueva, perderá la corona. ¿Cómo os llamáis vos, hija mía? Tengo tanto que pensar que he olvidado vuestro nombre.

—Me llamo María, señor.

—¿Y vos?

—María.

—¿Y igual nombre?... ¿Y vos?

—María, señor.

—¿Es posible! ¿Las tres el mismo nombre?...



Pero vos— así lo creo me parece que os llamábais Dida... y vos Libila.

—No, señor, María.

—María, señor María.

—No, señor; María me llamo yo únicamente.

—¡Mentira!

—¡Falso!

—Hijas mías, hijas mías—interrumpió el Sol dulcemente.—No reñir... No quiero suponer que vosotras, por cuestiones de celos habéis dado en poner un mismo nombre á fin de trabar la elección del príncipe Júpiter. Eso sería poco digno para unas princesas celestiales. (Nuevamente brillaron las tres, por un instante, con el color del rubí).

—Mire, señor, cómo se pone esa colorada!—saltó la María que más prestamente recobró su luz blanca.—¡Esa es la tramposa, y por eso se avergüenza!

—¡Silencio, silencio!—ordenó el Sol gravemente.—Basta de aencillas; desde ahora en adelante os llamare las Tres Marias. Y si tantos deseos tenéis de ser reinas de algún cielo, no os ha de faltar príncipes que os ofrezcan la corona... Ahí está Marte, Saturno... Este príncipe tiene un anillo admirable, que deslumra.

—Pero, señor, estando comprometido ¿creéis que yo tengo cualidades suficientes para destronar á su futura reina?

—¿Qué decís, hija mía?... Ya veo que esa mal pensada de la Tierra os ha sugerido ideas poco dignas. Sabed, hija mía, que Marte, Saturno ó Júpiter, no recibían en ningún caso presentes de su futura reina. A ellos les toca obsequiarlas. ¡Tenedlo entendido!

—Perdón, señor—dijo la María sobornada, desmayando un tanto su luz.

—Estáis perdonada, hija mía. Ahora, si queréis obtener el trono del príncipe Júpiter, obedeced su mandato; no lo olvidéis. Os lo digo á todas vosotras. Y el Sol, desatando el cetro colosal de sus rayos, marchó e lenta y fulgurantemente.

Las Tres Marias, rencorosas, le siguieron con la vista hasta que el Soberano se perdió entre el azul del firmamento. El príncipe Júpiter brillaba como nunca resplandeciente. Las Tres Marias le dirigían miradas intensas, vibrando en un apasionamiento de fulgores, á cual de ellas más conmovida y celosa, mientras el príncipe Júpiter las contemplaba impasible, sin acrecentar ni amenazar en un rayo más ó menos su aureola triunfal y centellante. ¿A cuál de ellas elegiría para reina de su cielo? Las Tres Marias, indecisas y enconadas, se miraban entre sí, brillando en extrañas y fulgentes coloraciones, recorriendo sucesivamente todas las escalas del prisma, con parpadeos dulcísimos y desmayados, aprendidos quién sabe dónde. Era un concurso, una competencia reñida y pertinaz de tonalidades, graduaciones y matices, en la que las Tres Marias se disputaban el trono del príncipe Júpiter entre un juego maravilloso de luces. Ninguna de ellas quería ceder el puesto; las tres querían ser reinas, y de sus celos recíprocos, nacían aquellos derroches de coloraciones y fulgores.

La respuesta del príncipe no se hizo esperar. Trájoela el Sol en la misma forma que hizo conocer

la proposición del codiciado príncipe. Las Tres Marias, al verle llegar, acrecentaron el brillo de su luz, y sin darle tiempo á detenerse, preguntaron las tres al mismo tiempo:

—Y bien, señor, y bien?

El soberano guardó silencio un momento.

—Calma, calma—contestó gravemente.—No os traigo buenas noticias. El príncipe Júpiter ya ha elegido reina.

—¡Miserable!

—¡Infame!

—¡Perjurol! ¡Perjurol!

—¿Qué decís? ¿Perjurol?... He ahí otro concepto atrevido que sin duda habéis tomado de esa pérdida de la Tierra. ¿Perjurol decís? ¿Acaso el príncipe Júpiter os había prometido el trono á vos? No; había de elegir alguna de vosotras tres, y no habiendo hecho elección en ninguna de vosotras, mal puede ser perjurol. (La estrella reprendida lanzó dos ó tres fulgores de cólera.) No hay por qué enfadarse, hija mía; la razón y la justicia ante todo. ¡Y cuidado conmigo! Si os desmandáis, acabaré por convertirlos en nebulosas (La tres estrellas amenazaron de tal modo su luz, que casi desaparecieron á la vista del Sol.)

—¡Por favor, señor, por favor! ¡Todo menos eso!

—No haré tanto; no temáis. Y escuchad las razones porque el príncipe Júpiter os ha desechado. Vosotras, en vez de mostrar dignidad y compostura, en fin, altivez de reinas, habéis cedido al influjo de sentimientos mezquinos y muy poco edificantes. ¿A qué ese continuo cambiar de tono y graduaciones de luz? ¿No tenéis luz propia cada una? ¿A qué acudir á recursos reprobables? La que es blanca, no tiene por qué desear el rojo ó el azul; su falta de conformidad revela inobediencia... y envidia, si, envidia, porqué ambicionar lo que no os pertenece, demuestra fragilidad de sentimientos. Además habéis cometido faltas muy graves al pudor, á la excelcitud del pudor ¿De quién habéis aprendido ese parpadear indigno de vuestra luz? Sin duda de la Tierra, esa pérdida, que hace siglos y siglos me está haciendo guñadas—¡palabra soez!—como si yo fuera á parar atención en ella... Si... y vosotras la habéis imitado, la habéis imitado indignamente, y por eso el príncipe Júpiter ha fijado su atención en otra princesa más digna y más pura.

—¿Cuál es? ¿Cuál es?—preguntaron ansiosamente las Tres Marias.

—Aquella... ¿La veis? ¡Aquella que brilla pura y resplandeciente en un cielo de gloria!

—No me ciega—contestó rápida y desdeñosamente una de las Marias.

—Ella no busca eso repuso el Sol dignamente. Ni ciega ni la ciegan. Es y será siempre reina por la castidad y elevación de sus sentimientos. Ved cómo el príncipe Júpiter le rinde tributo de amor y veneración.

—¿Y quién son aquellas cuatro princesas que se están burlando de ella... allí... á su espalda? interrumpió malévola una de las Marias.

—Es la Cruz del Sur, que santifica todo lo noble y elevado; y si con vuestra insidia pretendéis herir á tan casta reina como lo es la del príncipe Júpiter, oid: desde este momento, y en castigo de vuestros mezquinos proceder, quedaréis inmóviles en esa posición simétrica por toda la eternidad. Lo quiero. Estáis condenadas desde ya; como las estrellas errantes, sufriréis el castigo de vuestra menguada conducta. Estas, que pretendieron brillar más que yo, su soberano, las he condenado á lucir sólo por instantes y extinguirse luego, á fin de recordarles el motivo de su condena. Ya lo sabéis: estáis condenadas. Ahora, vuélvome á mi sitio de Escorpión.

Dos de las Tres Marias, casi extinguida su luz, miraban al Sol angustiosamente. Pero la tercera insistió:

—¿Entonces, señor, no podremos ser reinas de ningún cielo? ¡Yo quiero serlo de cualquiera! Y ya que no puedo moverme de aquí, haz modo, señor, de que suba él hasta mí. ¿Cuálquier príncipe!

El Sol contestó gravemente:

—El príncipe menos digno de mi aprecio, Neptuno, tal vez está demasiado alto para descender hasta vos. Además es muy viejo y tan triste...

—No importa; es príncipe.

—Se lo indicaré, si es que lo deseáis; pero os advierto que vale bien poco, casi nada... y por eso es que me resuelvo á transmitirle vuestros deseos. Mas pensadlo bien; podéis arrepentiros. ¿Lo habéis meditado bien?

—Sí, sí—contestó con delirio la María que deseaba ser reina á todo costo.

Y ya perdida toda noción de dignidad, murmuró al Soberano estas frases atrevidas:

—Que sea viejo, no importa. Siendo yo reina de su cielo, después alguno de sus satélites puede... puede...

—Seguid.

—Puede... interesarme... y si vos os ponéis en Capricornio...

Tal fué el rayo de cólera que le dirigió el Soberano, que la imprudente y lasciva María palideció

tanto, tanto, que nunca más recobró la intensidad primitiva de su luz.
Y siempre ha sido un misterio la palidez de aquella María para los príncipes románticos del cielo.

C. LENGUAS.

El Llanto y la Risa

—¿Qué vales tú?—dijo al Llanto la Risa.—¿Qué virtud tienes, si siempre que al rostro vienes produces pesar ó espanto?
¿Quién te formó tan cruel y de qué horrores naciste, que en tus entrañas trajiste la amargura de la hiel?
¿Qué corazón te desea y qué mejillas de raso no se asustan de tu paso que siempre las estropea?
¿Quién de sí no te rechaza?
¿Quién no te enjuga con prisa?...
Y el Llanto miró á la Risa y respondió con cachaza:
—Puesto que así me zahieres, sin comprender lo que valgo, bueno es que antes digas algo de tus méritos... ¿Quién eres? Si yo no tengo atractivo, en cambio tú, vanidosa, asomas por cualquier cosa y te ocultas sin motivo. Y he pensado alguna vez notando tu condición, que no tienes más razón que una eterna estupidez...
¡Echártelas de señora!
Un necio orgullo te engrie... porque por nada se ríe, solo por algo se llora. Y así pensándolo en calma, no me afrentan tus agravios...
¡Para tí bastan los labios, mas yo necesito un alma!
—Alma que te odia!—No tal; alma que en tí se concentra cuando sufre, y en mí encuentra consuelo para su mal, á la que no causa enojos, que, apesar de mi rigor, soy... pedazos de un dolor que se arroja por los ojos.
—Y que abraza cuanto toca...
—O el calor que abraza en frío...
—Pero... ¡qué malo es, Dios mío!
—¡Pero, Dios mío, qué loca!
—La prueba de tu valer es la que saber quería...
—¡También vivo en la alegría!...
y... ¿vives tú en el dolor!...

LUIS DE ANSORENA.

Sport

Con motivo de efectuarse el jueves en Maroñas una gran fiesta hipica en la que se correrá el premio clásico «General Artigas» nos vemos en la necesidad de dar hoy á conocer á los lectores de esta sección los pronósticos para esa prueba y para las otras cinco restantes; son los siguientes:

- 1.^a carrera Danton si corre, si no corre Queen.
- 2.^a id. Guerrero si corre, sino Queguay.
- 3.^a id. Premio General Artigas, pensionistas del Stud Armonia, ó Gladiador.
- 4.^a id. Vesubio.
- 5.^a id. América.
- 6.^a id. Guerrero.

Nuestros pronósticos el domingo ocuparon la siguiente colocación y dieron los dividendos siguiente:

1. ^a carrera	1. ^a con América	\$ 10.91
2. ^a id.	2. ^a » Rastreador	» 3.14
3. ^a id.	2. ^a » Tina	» 9.20
4. ^a id.	2. ^a » Ecarté	» 3.69
5. ^a id.	no placé.	

De modo que aun perdiendo en todas el que á nuestros pronósticos se atuvo debió salir ganando 91 centésimo con el dividendo de «América».

ZAPICÁN II.

La gracia ajena

COSAS, POR CILLA



—Y van diez veces con esta que te traen preso por borracho!

—Diga usted, sarjento; y si yo me abonara, es un digamos, ¿me harian una rebajita en las multas?



A mí no me la dan! Esa baraja tenia lo menos diez y siete caballos.



DE VISITA

—¿Se puede?

—Sí, pero con trabajo.

AVISO Á LOS SUSCRITORES

Habiendo recibido infinidad de pedidos de encuadernación del periódico, hemos resuelto, como el año pasado, encargarnos de ello en la forma siguiente:

La encuadernación será hecha en rica tela y con el título dorado á fuego. Su costo es de \$ 1.50. Los suscriptores en campaña deberán enviar el importe adelantado, en más el porte de franqueo.

LA ADMINISTRACIÓN



Es indudable que la mujer soltera ama la delgadez, así como la casada no se indigna mucho con los corsés por el hecho de notar aumento en el volumen de su cuerpo.

Y prueba de ello es que, para una recién casada, el mayor elogio que pueden hacer de ella sus amigas, es decirse con aire de satisfacción: «¡Oh! Está lo más bien, lo más gruesa.»

Los programas de gobierno y los juramentos de amor son como esos horarios que trazan concienzudamente los estudiantes para reglamentar en su sedicia: se hacen, pero no se cumplen jamás.

—En cuestiones de dormir pareceres hay muy varios.

—Sin duda; yo guardo cama al anochecer...

—Es... sano.

—Mi marido, el muy pillastre, por cierto no hace otro tanto; se acuesta al amanecer.

—¡Oh! Por cierto que no alabo gusto tan poco exquisito; el mío es más refinado, más lujoso, caro, suave

y...

—¿Cómo duerme usted?

—Al rasol!

Anacronismo:

No pueden existir hijastros sin padrastos, pueden existir padrastos sin hijastros.

El tiempo nunca es inmortal. Sus variantes de temperatura, descuellan por su intensidad en el presente, en todos los casos, sin ventajadas retrospectivas. Así se dice: «¡Qué calor horrible! Nunca ha hecho un calor como ahora... porque la verdad es que el año pasado casi no hizo calor.»

El pasado siempre es benigno, dulce, y por ello se da de barato y se trae a colación únicamente para establecer comparaciones.

Por eso dije que el tiempo nunca es inmortal. El presente desbanca al pasado.

Etimología:

¿Por qué *harmonia* se escribe con *h*? Pues porque la letra *h*, vista de perfil, representa un *harmonium* perfecto.

Adjetivos estereotipados: *cordial* y *malogrado*. Las entrevistas entre los monarcas, ministros y diplomáticos, siempre son *cordiales*, aunque se trate en ellas de la Deuda y otras cosas más graves aún.

Los poetas, al morir, siempre son *malogrados* aunque perezcan a los ochenta años y dejando una fortuna cuantiosa.

Nada más falso que comparar a la mujer con un veleta.

Su Norte no es un punto fijo: es *Éste O Éste*, es decir, dos puntos variables.

No es cosa vulgar y manoseada establecer que el bello sexo tiene decididas simpatías por el demonio. El rasgo característico de su tolerancia, es conceder al hombre tino el concepto de *diablo*, atribuyéndole defectos *interesantes* al mismo Señor de los infiernos.

La verdad de las metáforas:

«Las lágrimas van al mar,
las lágrimas van al viento!»
dicen muchos, y esto es falso:
donde van es al pañuelo.

Una cara de carbonero es un boceto de dibujo a lápiz; la de un payaso, la cara de una mujer vista con vidrio de aumento.

La gente, es cosa sabida
por mentiras no seapura;
llama a ciertos viejos, *verdes*,
y un viejo es cosa madural

A. GIMÉNEZ PASTOR

ENTRE DOS FUERZAS

XII

(CONTINUACIÓN)

Hacia el oriente, sobre la loma en que descansaba resoplando el tren de ferrocarril recién llegado, algunas nubes blancas se desfilaban en el espacio tranquilo y luminoso, desmadejándose lenta y perezosamente en la calma radiosa de la tarde.

Se preparaba una hermosa hora para aquella famosa carrera en que la vanidad local, el interés, la astucia, se disputan todos los años a caballo el Gran Premio Internacional. Desde la parada del Ferrocarril, una hilera negra, la mayor parte de la concurrencia masculina, avanzaba culebreando por el ondulado caminito blanco que viene a morir frente al palco, adelantando paciente y lenta, como hilo de agua que ondula perezoso en un declive imperceptible.

A la derecha, la llegada continua de coches y el golpear rudo e insolente de cascos de trotones levantaba una bruma de polvo que se extendía como un velo turbio velando los eucaliptos de la quinta cercana y apagando la brillante mancha amarilla que marcaba en el suelo, al otro lado de la pista, una plantación de maíz, vestidas ya de color oro verdoso por la madurez sus espigas gruesas y enhiestas.

De aquella bruma iban saliendo, evocadas continuamente por la luz, todas las primeras figuras del mundo femenino, que desfilaban hacia ya rato ante la tribuna engalanada, paseando lenta y confiadamente la claridad suave de sus vestidos estivales y la ligera gracia de los sombreros de paja en cuyas flores jugaba, hamacándolas, aquel vientecillo débil y nervioso que después de rizar el polvo fino sobre la pista reseca, iba a estremecer blandamente los cuadrados de alfalfa tendidos sobre las laderas del Norte como grandes sábanas puestas a secar en la pequeña loma, empapadas en un gran derrame de verde brillante que relucía al sol.

La campana llamaba a los *jockeis* a montar, para la primera carrera, cuando llegaron Mario y Daniel con Orfilia, Cora y Carmen, que había por fin desistido de su viaje, considerando un disparate marcharse cuando tantos se venían de Buenos Aires a la fiesta.

En el palco se agitaban ya, en una orgía de los matices claros que refrescaba la vista, muchos vestidos rosados; faldas ténues que habían copiado al cielo el encantador desmayo de su celeste dormido, gasas aéreas que el viento ondulaba meciendo blandamente sus claridades transparentes de niebla de luz; cintas que agitaban locas sus colores bajos, con culebros rápidos de gallardete de triunfo; aleteos alegres de blondas caladas en blanco; todo el entusiasmo del claro que exhalaba contento su frescor de hora matinal en la tranquila tarde de verano, mientras detrás ascendía de grada en grada el negro de los trajes de hombre y las tintas llenas de los vestidos oscuros, cumpliendo la ley del contraste que hacía brillar más la estival delantera femenina.

Entretanto la larga culebra negra concluía su sinuoso viaje por el caminito blanco que avanza headiendo el verde desde el ferrocarril al palco y, lleno de polvo, los ojos contraídos aún por el hiriente resplandor dorado, se oprimían todos en la verja, impacientes por entregar el billete para avanzar cuanto antes en la esplanada donde la necesidad de sacudir la tierra recogida por los botines en el camino polvoroso y reseco, echaba fuera todos los pañuelos y doblaba en un movimiento común todas las espaldas frente al palco, como homenaje casual e inconsciente de los recién llegados a aquella hermosa avanzada de claridad que festejaba de un extremo a otro la tribuna.

Luego fué el desgranarse, esparciéndose atraídos unos por el *addock*, otros por las ventanillas del *sport*, a la derecha, otros sin rumbo, con pasos vagos y miradas errantes de quien elige sitio, mientras los de atrás seguían llegando, apiñándose en la entrada y expandiéndose luego en la esplanada, después de aquel saludo inconsciente que les humillaba las frentes ante el festón de claridad que orlaba la delantera del palco en un verdadero derroche de colores desmayados que ondulaban cansados velando en suave rozar los rostros más lindos del lejano Montevideo, tran portado allí en masa.

Las últimas fueron las mujeres, que venían detrás marcando su paso con un balanceo desigual de sombrillas claras; venían pocas y Orfilia vió enseguida a Delia que entraba en aquel momento con las Mestres y su acompañante.

Mario sintió al verla toda la irritación del burlado en una esperanza alimentada sin confianza. Había salido ella con la suya, sin el menor respeto a sus pedidos, por el placer del rebelde que se siente fuerte y goza con la resistencia; era aquello la lucha declarada, el empeño chocante de vencer a costa de todo, de la tranquilidad, del ridículo mismo, porque él veía más que nunca ridículas a las tres Mestres en aquel ambiente de distinción y gracia y elegancia, avanzando de frente hacia el palco, con su aire digno y solemne de reinas caídas, ostentando el sello cursil del Cordón clásico en sus sombreros con muchas plumas y sus vestidos recamados que ascendían, un tanto agresivos, por la escalera central, seguidos por la mirada burlesca de Carmen, que en su eterna actitud de gran señora encontraba sin duda muy graciosas las de aquellas grandes señoras de saínete, mientras Cora y Orfilia dejaban escapar risitas contenidas que llegaban hasta el joven haciéndole sentir vahos calientes en la cara.

Sin embargo, Delia iba muy bien con su vestido sencillo y su sombrero ligero; no estaba ciertamente ridícula, pero junto a las otras, viniendo con ellas, y en ferrocarril, la encontraba rebajada, con aquella cursilería que tocaba de rechazo a todos, como ella misma lo sentía sin duda, en aquel medio opuesto.

Vinieron a encontrar asiento detrás de Mario y los suyos, pero aquello no los aproximó; se saludaron con frialdad, y solo Cora saludó efusivamente a sus amigas retozándole la risa en su boca grande y elástica; a aquella le importaba muy poco todo cuando se trataba de reír de alguien; por su parte las Mestres se mostraban muy solemnes y reservadas, y Mario vió con cierto placer que el acompañante, el mozo argentino, no se portaba con mayor desenvoltura, sonriendo forzosamente a todo, tieso en el asiento, fuera de centro él también; un «bah!» desdeñoso le plegó los labios, mirándole junto a Delia; era cosa fuerte amenazarle a él, a él, con aquello!

Entretanto iba a correrse la primera carrera; todos estaban ya allí y el camino desierto se extendía hasta el tren que humeaba perezosamente, inmóvil en su loma oscura, sobre la que unas cuantas hilachas de nube vagaban en el espacio silencioso; se adivinaban allá lejos, en el campo soñoliento, zumbidos de insectos y silencio pesado en los grupos, de eucaliptos que bordeaban las lade-

ras, requeimados por el sol, hoscos en su aislamiento de misántropos, tristes ante las frescas sina-sinas que se esparcían sobre el campo amarillento como una línea de espuma verdosa.

Había también en el palco relativo silencio; las dos primeras carreras pasaron, como siempre, sin mayores emociones, dominados todos como estaban por aquella sensación de expectativa inquieta ante la proximidad del gran Premio de la tarde; entretanto se hacía tarea de observación. Andaban allí muchas caras nuevas ostentando grandes bigotes levantados a la diablo, guías artísticamente esfumadas elevándose a los ojos como vahos de espuma rubia; se hacían notar las inmensas americanas claras que se creyeran hechas para cuerpos dos veces mayores y los enormes cuellos altos empeñados en una lucha sin tregua con la flexibilidad de los pescuezos domeñados brutalmente por aquel yugo de tela recia que contrastaba con la característica impertinencia de la mirada y de la actitud. Era toda la importación bonaerense traída ese día por el vapor expreso, que se venían con la seguridad de triunfo como quien se trae cigarrillos en el bolsillo.

Daniel era quien hacía todas estas observaciones, desconfiado aún de los de allá desde el viaje de Orfilia, que sin duda le mortificaba.

Por otra parte, en el palco no se hacía otra cosa y todos los ojos femeninos se limitaban a observar; se conversaba lentamente para hacer tiempo, y solo algunos andaban abajo de un lado a otro, preocupados con aquellas luchas hípicas de interés secundario; eran los *pur sang*, que hacían llegar de la derecha un leve sonar de monedas que daba, por cierto, escasa medida del entusiasmo activo.

Así pasó dos ó tres veces Federico, haciendo de *sportman*, con jmelos a la bandolera, largo guardapolvos de seda cruda y cubierta la cabeza cilíndrica de pelos amarillentos y escasos con un gran sombrero blanco; andaba muy atareado, pero no dejaba de mirar de reojo si era observado a medida de su deseo.

Finalmente sonó la primer campanada llamando a ensillar para aquella famosa carrera y empezó a agitarse todo aquel mundo ansioso con creciente nerviosidad, mientras en el cielo las nubes, operando un lento movimiento de concentración, nublaban el sol y la sombra corría rápida extendiéndose primeramente por el circo, luego más allá, derramándose sobre los grandes cuadrados de alfalfa cuyo verde brillante se entristeció de pronto, perdiendo su lustre de seda húmeda; avanzó por fin hasta los grupos de eucaliptos, más oscuros cada vez, más inmóviles en la quietud silenciosa de la tarde, y cubrió finalmente con su tono gris la espuma verde de las sina-sinas dormidas a lo lejos, ennegreciendo más los cuadrados de tierra sembrada acostados en las lomas del Norte.

En los coches que manchaban con los colores claros de los vestidos de mujer el circo interior, agrupados junto a la verja, empezaron a cerrarse las sombrillas y la agitación de la expectativa cundió rápida, dominándolo todo.

Fué larga aquella espera; de la derecha, de las ventanillas del *Sport*, llegaba un continuo retintín de monedas, persistente y frío como el metal; y esa vibración argentina, incessante, aumentaba a cada momento, estremeciendo el ambiente tranquilo con su música monótona y clara que hacía recordar la eterna sinfonía metálica de los Bancos.

El palco quedó casi vacío de hombres; todos corrían allá abajo, ante las pizarras de la derecha, ó al *addock*, lleno de grupos inquietos que rodeaban los caballos observándoles con ojos ansiosos mientras los ensillaban, queriendo adivinar en su mirada asustadiza lo que la suerte había de deparar; así andaban tras de ellos entre los arbolitos, inseguros y curiosos, en tanto que los *jockeis*, observados también con mirada escrutadora, depositarios de tantas esperanzas llevaban de un lado a otro las sillas ya dotadas del peso indicado.

De la derecha seguía elevándose en el ambiente tranquilo la persistente vibración argentina del dinero contado, manoseado, corriendo en su carrera eterna de un extremo al otro.

Finalmente empezaron a oírse desde el palco las llamadas de orden; nombres célebres que llegaban allá débiles, atravesando una masa de gente agrupada al paso de los caballos.

—¡Athos! — ¡Revelación! — Guerrillero! — ¡Camors!
Eran los famosos campeones que salían del *addock*, llamados por orden, provocando observaciones rápidas en las damas de los palcos.

—Ese es oriental.

—Ese es al que yo juego.

—Fulano va a comprar a ese que nombran ahora...

Aparecieron por fin en la pista, todos altivos y relucientes, y desfilaron entre dos hileras de gente, lentos, tranquilos, misteriosos como esfinges para todos aquellos ojos que los miraban pasar buscando con una última mirada ansiosa una base para sus esperanzas ó su curiosidad.

(Continuad)